

Frente libertario

Madrid,
28 de agosto
de 1937

Número 273

editado por el comité de defensa confederal -:- -:- región centro

Por tierras de Aragón se abre camino el espíritu heroico del Ejército popular

Nuevamente las tropas del pueblo se han lanzado a una ofensiva profunda, en la que, poniendo en juego su heroísmo y su capacidad de sacrificio, en feliz alianza con la técnica guerrera que capacita a todos sus componentes para las más brillantes hazañas, ha de dar, está dando ya, los anhelados frutos de redención y de victoria.

Las fuerzas rebeldes tienen que ceder terreno ante el empuje arrollador de nuestros soldados, y, pese a sus esfuerzos desesperados, ven cómo, pueblo a pueblo, kilómetro a kilómetro, la tierra que siempre fué de España y que por una traición inconcebible pasó a ser feudo de potencias extranjeras, vuelve nuevamente a ser de España.

Sobre la capital de Aragón se cierne cierta y segura la amenaza de las tropas leales; igualmente ocurre sobre las otras dos capitales de provincia, sobre Huesca y Teruel, semiaisladas, con sus comunicaciones con Zaragoza cortadas, entregados los cabecillas que las tiranizan a la desesperación de ver cómo también sobre sus cabezas se cierne, cada vez más segura e inevitable, la amenaza de la justicia popular, limpia y escueta como el alma de los humildes.

Nuevamente los hijos del pueblo están revalidando sus laureles y nuevamente la tierra y los pueblos de España se abren ante sus fusiles con la alegría del renacer. Es que los fantasmas helados de la tiranía y de la crueldad ceden terreno ante las claridades de la sociedad nueva; es que los hombres y los niños avizoran anhelantes el porvenir de paz y de libertad que sus hermanos de clase les brindan; es que en todos los rincones de la tierra que vuelve a ser española palpita ampliamente la felicidad de sentirse nuevamente entre los suyos, de ver sus vidas definitivamente salvadas de la esclavitud y de la muerte.

Los luchadores de la libertad, los heroicos hijos del pueblo, se abren camino hacia las tres capitales aragonesas en las que durante más de trece meses ha imperado el terror y la saña. Y lo hacen con el estilo heroico que ya se ha hecho tónica colectiva de nuestras tropas, con el mismo espíritu heroico con que en los primeros días de la subversión se abrieron paso por las mesetas castellanas aquellos hombres todo corazón, con el mismo espíritu heroico con que en Barcelona, en Valencia, en Madrid, en toda la España sufrida y vejada, se lanzaron a la calle los hijos del pueblo para afirmar de una vez para siempre su derecho a la libertad y a la paz.

Por eso la victoria ha de ser suya. Por eso lo será. Y los mártires que cayeron, los héroes que derramaron su sangre por el bienestar y la libertad de todos los trabajadores españoles, verán cumplidas, en un futuro cercano, las promesas solemnes que el pueblo levantó a todos los ámbitos, en el mismo momento en que se consumaba su sacrificio.

¡Combatientes de Aragón, adelante! Todo el pueblo español espera confiado y ansioso, seguro y anhelante al mismo tiempo, la noticia de vuestra victoria definitiva.

QUISICOSAS

Desencantos de Juanito

Juanito estaba en esa edad crítica que ya no pasa por las aventuras de Pinocho y se perece en cambio por las de Buffalo Bill. Su antigua nodriza Ana no pasaba un solo pasillo de la casa sin que Juanito la saltara encima de improviso dispuesto a arrancarla limpiamente el cuero cabelludo, ni había medio de lograr que llamara a Marujita, vecina y medio novia, por el nombre que la pusieran sus padres, pues tenía que llamarse, pese a quien pesare, "Estrella de las Selvas", como la heroína de una narración de pieles rojas, que le había impresionado profundamente.

Este marcado gusto por las aventuras le indujo a pedir reiteradas veces a sus padres que le permitieran ir a pasar los meses de calor en casa de su tío Pedro, solitario guardabosques, escéptico pensador y gran aficionado a la pesca de la trucha.

Juanito logró salirse con la suya. Tío Pedro le recibió sin grandes muestras de agrado, y como la llegada de Juanito coincidía con su salida para la charca, donde se daban bien los tales peces, se lo llevó con él.

Mientras el tío esperaba pacientemente a que picasen, Juanito hizo de indio, de americano y hasta de chino en las espesuras de la ribera; cuando se cansó de jugar, fué a tenderse a la vera del río.

—Cuéntame un cuento, dijo al cabo de un instante de silencio.

El tío estaba de mal humor porque no picaban, y siempre que así estaba dábale por recordar de sus años mozos y los malos ratos que pasó durante la revolución que estallara en aquel entonces. Llevándose de esta veña, comenzó a decir a su sobrino:

—Déjate de cuentos, pequeño, que ahora empiezas a vivir y la vida que te espera no será precisamente un cuento.

—¿Has pasado aventuras, tío?

Los ojos del tío empezaron a mirar una lejanía de recuerdos.

—Las he pasado y grandes, contestó. Tuve que aguantar toda una guerra, y en la guerra no faltan aventuras. Malos ratos me dieron aquellos moros y aquellos italianos y aquellos otros rubios que vinieron a malpararnos la dicha... Malos, malos ratos pasé, pero hice lo que pude por vengármelos.

—¿Mataste muchos moros y muchos italianos, tío?

—No fueron pocos.

La respuesta no satisfizo a Juanito, pero despertada su curiosidad, no quiso pararse en barras y prosiguió:

—Dime qué batalla fué más grande y que más muertos hubo.

—Una que no se libró en el campo. En aquella no intervino la vanguardia para nada. La libro nuestro

Gobierno solo y él solo la perdió.

—¿Dónde fué esa batalla?

—A muchos kilómetros de los frentes. Acabábamos de perder una gran ciudad; las cosas iban mal para nuestras armas; no porque peleásemos mal o faltasen elementos... Era cosa de política; pero tú de esto no entiendes; eres demasiado inocente.

—Sí que entiendo, tío.

—Tanto monta; después de todo, ya que no pican las truchas, en algo me tengo que entretener.

Hizo una pausa, suficiente para tirar un salivazo a las tranquilas aguas, y prosiguió:

—Estábamos cansados de aquel perder tan sin causa. Había hambre y había disgusto. Nuestros políticos no acababan de entenderse; todos andaban a la deriva. Había uno, en cambio, más enérgico, más sabihondo, que lo mismo daba un puñetazo en una mesa que se ponía a dirigir una operación militar, quien se dispuso a salvar aquel paso con el solo esfuerzo de su carnosidad humana. Este animó a los demás ministros, habló a las masas, dictó arengas al ejército. "Sólo tenemos una misión", recuerdo que decía, "forjar la victoria"...

—Me gustaría conocerle, tío, dijo Juanito en un raptó de entusiasmo.

—Si le quieres hallar, échale un galgo, fué la enigmática respuesta que recibió.

—¿Y ganó la guerra?

—Sí, la ganamos.

—¿Qué hombre, tío!

—No he dicho que la ganara. No suelen ganar las guerras los políticos. La ganamos nosotros, porque supimos obrar como debíamos. Alguien nos indicó el camino. La cosa era tan sencilla que por eso no podía ocurrirnos.

—¿Qué hicisteis, tío?

—Tirarlos al mar.

—¿A los moros?

—No; a los charlatanes...

La respuesta no satisfizo a Juanito.

nito. No podía precisar quiénes serían aquellos charlatanes. Al fin, tras madura reflexión, se hizo un rayito de luz en su espíritu.

—¿Fué a los ministros, tío?, preguntó.

Pero el tío estaba atento a una trucha que parecía querer picar y no hizo caso.

Cómo se nos juzga a los anarcosindicalistas desde fuera

De un largo artículo, publicado por "La révolution prolétarienne", revista quincenal que se edita en París, traducimos los párrafos siguientes, que nos atañen de una manera particular:

"Por otra parte, esto de dejar pasar el huracán, conservando todo lo que se puede, no es una táctica nueva para la C. N. T. y la F. A. I.: es su táctica histórica. Cuando algunos camaradas extranjeros, asustados de estos retrocesos sucesivos, de este abandono sin combate de algunas posiciones de primera importancia, manifiestan sus temores a los camaradas españoles, se ven dar, invariablemente, esta respuesta: "No es la primera vez que somos perseguidos, hemos conocido muchas otras persecuciones; pero después de cada una de ellas, nos hemos levantado más fuertes que antes. Esta vez será también como las anteriores".

Optimismo que resulta de la fuerza de la C. N. T., fuerza que, tradicionalmente, no reside en la masa de los adherentes ni en la riqueza de las cajas, sino, si decirse puede, en la "moral".

Por sus principios, su modo de ser y de actuar, por todo su comportamiento, la C. N. T. y la F. A. I. tienen profundas y múltiples raíces en todo el proletariado español. Gracias a ello, disponen en todo momento de un importante número de militantes que en la primera ocasión favorable, pueden enarbolar la bandera y hacer caso espontáneamente las gestas necesarias. La acción sindical y la moral anarquista están actualmente tan encarnadas en la clase obrera española, que no se las puede separar; no se las podría destruir más que destruyendo a propio proletariado.

Es ello lo que explica, sin duda, la táctica de espera seguida actualmente por la C. N. T. y lo que la justifica quizá."

La guerra se hace con ametralladoras, cañones, tanques, aviación, etc., con material de guerra adecuado. En una palabra y para que todos nos entiendan, con lo que se pone a disposición de las Brigadas comunistas.

Y sin embargo Ejército popular no hay más que uno.

La legislación catalana debe ser respetada

Porqué fué plasmada sobre los deseos del pueblo, todo buen antifascista debe considerarla intangible

También alrededor de la legislación catalana, de las realizaciones que claramente responden a los deseos del proletariado de Cataluña, surgen los escrúpulos, legalistas, escrúpulos cimentados sobre la posible extralimitación que las autoridades de Cataluña han realizado en relación con las facultades que el Poder Central correspondían. En una palabra, se pretende deshacer la labor de las autoridades regionales, so pretexto de que no tenían facultades para legislar en las materias que lo han hecho.

La excusa y el pretexto no pueden ser más pueriles ni más vacías de fondo. Cataluña es quizás—y sin quizás—la región española que más rápidamente ha comprendido la actuación que los momentos imponían realizar y que más rápidamente se puso a la obra. Naturalmente, la legislación catalana posterior al 19 de julio no se encuentra en muchos casos adaptada a las prescripciones del Estatuto. De todos es sabido que esa legislación, desde el 19 de julio hasta la fecha, se ha cimentado, en un ochenta por ciento, en las mismas realizaciones del pueblo, dándole un matiz legalista; es decir, que la ley vino a dar realidad jurídica a lo que ya era una realidad práctica por obra del pueblo; y como en los moldes viejos del Estatuto no era posible que encajasen las aspiraciones del proletariado catalán, es evidente que todos estos casos salen fuera de las funciones y atribuciones que el Estatuto les concede. Por consiguiente, en muchos casos se ha legislado en materias sobre las cuales sólo el Poder Central podía hacerlo.

Pero, ¿hasta qué punto puede considerarse todavía en vigor efectivo el Estatuto? ¿Hasta qué punto se Estatuto, y con él toda la legislación española anterior a la sublevación, puede estimarse efectivamente vigente? Desde luego son estas materias que son muy discutibles; muy discutibles para los que en todo momento manifiestan sus afecciones legalistas; no para nosotros, que creemos sólo en una legalidad real y viviente: la que el pueblo creó a partir de la iniciación del movimiento, la que firmó con su sangre y rubricó con su heroísmo en las jornadas palpitantes de julio. Esa ley, esa sí que es la única ley viva e inderogable que puede encontrarse en España.

Naturalmente, comprendemos que los contrarrevolucionarios, los que en todo momento y en toda circuns-

tancia intentan, por todos los medios a su alcance, detener la marcha de los trabajadores en pos de las conquistas y de los anhelos revolucionarios que siempre iluminaron sus frentes, intenten también hincar sus garras en el alma misma del pueblo catalán, haciéndole renunciar, mal de su grado, a las conquistas que creyó firmes, haciéndole volver a los legalismos formularios en los que se esterilizan todas las reivindicaciones del proletariado. Pero, frente a esas actitudes, frente a esas posiciones que agradan a unos cuantos burgueses nuevos y a bastantes más burgueses viejos, debe alzarse la actitud serena y enérgica del proletariado de toda España en defensa de sus propias conquistas y en defensa de las conquistas que sus hermanos de lucha y de clase han sabido realizar plenamente, íntegramente.

Por esto, por todo esto, defendemos a la legislación catalana. Porque el Estatuto catalán tiene, desde hace muchos meses, la palidez y el frío de los cadáveres; porque obrando así cerramos eficazmente el paso a la contrarrevolución, que abandona sus reductos para lanzarse al asalto de las libertades populares; porque obrando así es como defendemos de una manera íntegra y total los anhelos del proletariado.

Y, una vez sentada de una manera clara e indubitable la actitud que creemos debe mantenerse por todo antifascista leal y verdadero en relación con la legislación catalana, creemos que la conclusión que debe llegarse por el Poder Central, por el Gobierno central, es indudable. El Gobierno, que es expresión del pueblo y que debe, por consiguiente, ser fiel reflejo de los anhelos del pueblo, que no puede dejar de enfrentarse con estos anhelos sin dejar de ser expresión de ese mismo pueblo y, por consiguiente, sin perder el prestigio y la representación moral que le es imprescindible para continuar dignamente ocupando su puesto, tiene un solo camino: reconocer la legislación catalana, como expresión exacta que es de la manera de sentir, de pensar y de querer del pueblo catalán, o cuando menos, de los más amplios sectores, de la mayoría del pueblo catalán.

La conclusión, por tanto, es ésta: al Gobierno central, lejos de discutir la legalidad constitucional previa al movimiento de la legislación catalana, le corresponde legislar dando legalidad definitiva a muchas de las realizaciones y aspiraciones del pueblo, en lugar de anular esa legalidad que la Cataluña nueva ha concedido desde el 19 de julio, ateniéndose a la realidad, que está por encima de la letra legalitaria.

No olvidemos nunca que es precisamente al amparo de la letra legalitaria como pudo incubarse la criminal rebelión que nos ha lanzado a la guerra.

Los periódicos comunistas empiezan a decirle al señor Irujo que... se modere. Que los tiempos no están como para recogerse en la tranquilidad perfumada de los claustros.

¡Vaya! ¡Vaya! ¿Qué habrá pasado que los camaradas comunistas se muestran dispuestos incluso a dar la razón a los diarios confederales? ¿Que ya es decir!

Persecuciones y miserias en Italia

Comunican de Génova que actualmente en los principales centros de aquella región hay una verdadera invasión de agentes de la O. V. R. A., los cuales trabajan sin descanso. En Sestri Ponente, en Génova, en Savona, continúan las detenciones a centenares. Hace pocos días, en Savona, en cuarenta y ocho horas, fueron detenidos 150 personas y aún continúan los arrestos. Las cárceles están tan abarrotadas, que ha habido que enviar muchos de los detenidos a la cárcel de Finalborgo. Los más perseguidos son los intelectuales y los que ejercen profesiones liberales que no se han inscrito todavía al fascismo; pero también la clase obrera y muchas mujeres pagan su tributo al nuevo ataque de locura del Duce.

Un fenómeno verdaderamente confortante es que con el aumento de las persecuciones, aumenta también la resistencia de nuestro pueblo contra el régimen infame. El pueblo responde a las detenciones sin jactancia, pero con valor frío y con desprecio.

Se vive en pleno estado de guerra; en los ambientes mejor informados circula con insistencia la voz de que se está preparando un cuerpo de expedición con 200.000 hombres para España.

Se busca también de galvanizar al pueblo contra Francia, pero con poco éxito. A los niños de las colonias marina y de montaña se les enseña una canción, cuyo texto dice que el mar, desde Niza a las Baleares, es de los italianos.

En honor a la autarquía, ha comenzado en todas las ciudades la demolición de las obras en hierro, para sustituirlas con cemento y madera; todo para fabricar municiones.

En Cairo Montenotte, en el establecimiento de la Montecatini, se trabaja veinticuatro horas al día para la fabricación de gases tóxicos, y todo el personal está militarizado.

Leed y propagad

“CNT”

Ayuntamiento de Madrid

LO QUE NO PUEDE VOLVER

El Ejército como instrumento de represión popular

Había llegado el Ejército español a tal extremo de degradación moral y a tal incompetencia en su función profesional; que los Gobiernos, lo mismo los de la Monarquía extinta que los de la República, lo conservaban exclusivamente par autilizarlo como instrumento de represión popular.

Aquel Ejército que había regresado de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, primero con todas las vergüenzas de la derrota y, después, en Africa había dado al mundo el vergonzoso espectáculo de verse corrido por unos miles de moros desarmados, se mosaba en la Península, en cambio, retador y bravucón, y más de una vez se mezcló en la vida política, decidiendo la suerte de los Gobiernos.

La Dictadura de Primo de Rivera, la más estúpida de las perversiones políticas conocidas en los últimos tiempos del régimen monárquico, fué la obra del Ejército, de ese Ejército de incapaces y derrotados. El mando dictatorial duró siete años. Los suficientes para demostrar la capacidad política de esos elementos, perturbadores constantes de la vida nacional, que todavía no sabemos por qué se creen siempre dotados de un don providencial a cuyo servicio ponen su fuerza extraordinaria frente al Pueblo inerme, impotente en cuanto éste se arma u otro Ejército se les opone en el camino.

Era el Ejército español de la clásica cuartelada, del constante pronunciamiento, residuos indecorosos del siglo XIX que España no conseguía eliminar. El Ejército de la Restauración de Alfonso XII en Sagunto. El Ejército que deshacía Cortes cuando un general se sentía descontento. El Ejército que, poco a poco, fué cediendo el territorio colonial, y cuando ya lo hubo cedido totalmente, trajo a la propia área peninsular los frutos de su maldición. Ejército personal; unas veces, de Prim; otras, de Weyler; otras, de La Cierva; otras, de Primo de Rivera, y siempre, del rey. Ejército pre-riano, recordando, sin duda, que fué en España precisamente, en el sitio de Numancia por Escipión Emiliano, donde nacieron esa clase de Ejércitos personales.

Era una institución nacional que toda España sabía que no servía para la guerra. ¡Ah! Pero servía para reventar huelgas, para ocupar zonas mineras enteras, como en Bilbao y Santander, en rojas fechas de lucha social; para tomar ciudades, como la de Barcelona, en 1909, cuando la llamada “semana trágica”; para asesinar ciudadanos por las calles, en una palabra.

Cuando los gobernantes no tenían suficiente fuerza con toda la Policía, con todos los guardias de Orden público, con toda la Guardia civil, para reducir a una población protestataria, echaban mano del Ejército, de ese Ejército lleno de ignominia en los campos de batalla, que ni en una sola ocasión tuvo el gesto de negarse a ser el instrumento de represión popular; que servía de esbirro y esquirol, de conquistador y verdugo...

Llegó a más. Llegó a pedir una jurisdicción propia para entender en “delitos” contra el elemento civil. Y la consiguió. La llamada “Ley de jurisdicciones” la aplicaba el Ejército con tribunales y cárceles propias contra cualquiera que opusiera el menor reparo a su obra de disolución española.

Los periodistas y escritores fuimos las víctimas más castigadas por aquella ley inicua. Todo caía dentro de la “Ley de Jurisdicciones”. Gracias a ella, supe yo, desde el banquillo de los acusados, lo que era un Consejo de Guerra, aquel cuadro de figurones con uniforme de gran gala, presididos por un general, reunidos para juzgar a un escritor que deslizo unas verdades en un periódico. Las verdades aquellas las pagué con seis meses y un día de prisión correccional, que cumplí en la cárcel de Barcelona día por día.

La verdad es que era vergonzoso

ver a un Ejército, al brazo armado de la Nación, metido en esos menesteres tan poco marciales. Me avergonzaba por ellos más que por mí. Porque esto me daba la medida de lo poco que se podía esperar en el terreno de las batallas, cuando éstas fueran necesarias, de aquellos improvisados escribanos, de aquellos inquisidores analfabetos, de aquellos chupatintas con uniformes de galón y espada al cinto, convertidos en intérpretes de la Justicia.

Así fué el Ejército de mal en peor, hasta caer en aquella aberración del año 23 de creerse el “salvador de España”; lo mismo, lo mismo que ahora, doce años después. Era un caso asombroso el de nuestro Ejército. No le preocupaba su eficiencia. No tenía ninguna afición a sus temas profesionales. Ignoraba todo lo relacionado con su propia técnica moderna. Confiaba siempre en su chulefía, en su mentido valor personal, incrementado por el alcohol. En la campaña de Africa, donde por efecto de mi puesto de corresponsal de guerra, trataba a diario a jefes y oficiales del Ejército, me aterraba al observar cómo la gran enseñanza de la Gran Guerra había pasado por toda aquella oficialidad inadvertidamente, de cómo no sabían nada de esta guerra, de cuyas acciones y enseñanzas tuve yo que charlarles diferentes veces, por haber actuado también de corresponsal de guerra en aquella hecatombe europea...

Era nuestro Ejército—“nuestro contra nosotros”—el Ejército del capitán Sánchez. Por la moral de aquel bárbaro incestuoso se podía medir la moral media de la casta castrense. Todos los apellidos de esos generales que ahora bullen tanto en el campo rebelde, son un “vaudeville”. Boccacio hubiera hecho sus mejores cuentos, y Paul de Koch, sus mejores novelas picantes, con tanto cornudo y tanto asistente afortunado como arroja la estadística en la clase militar española.

¿Bastará esta impresión realista y verídica para llevar al ánimo de la nueva España que se está forjando en las trincheras que este Ejército no puede volver?

Lograda la victoria, España será, por imperativo terrible del destino, una gran potencia militar. Yo así lo creo firmemente. Creo, además, que debe serlo. Pero su Ejército, nacido y amantado en la trinchera, en la lucha durísima y fecunda de esta segunda reconquista española, ha de ser un Ejército lleno de virtudes, eficaz en la guerra y apartado de la política en la paz, estudioso y severo, consciente y humano. Un Ejército que en nada se parezca al anterior, a esa monstruosa amalgama de traidores, que solamente esperaba el instante propicio para dar a España la puñalada traperera que le dió por la espalda el 18 de julio...

Indalecio Prieto conocía bien aquel Ejército de Africa, al Ejército de Annual, al Ejército caponífero de Melilla. Más de una vez coincidimos en aquellas tierras en idénticas operaciones. Porque lo conocía bien aquel Ejército, puede estructurar mejor éste. Cuando, hace poco, leía su nota prohibitiva de que en el Ejército Popular se hicieran determinados trabajos de proseytismo político, pensaba que daba en el clavo con indudable maestría, pues éste es un principio fundamental para crear una institución armada tal como la deseamos, que ni por asomos siquiera recuerde a aquel Ejército que nos ha traicionado, que nos ha vendido, que azotó al pueblo siempre que se lo mandaron; a aquel Ejército que ha terminado como tenía que terminar, que asesinó a la República y se suicidó después...

Un Ejército así no puede volver a España.

EZEQUIEL ENDERIZ.

(De “Umbral”).